

# DISCURSO

PARA EL DIA

## DE SAN FRANCISCO DE ASÍS.

(DE TRONCOSO.)

*Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.*

Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y cargue con su cruz y sigame.

*S. Mateo, c. 16. v. 24.*

Ningun santo comprendió mejor ni practicó mas literalmente esta máxima del Salvador mundo, que vuestro glorioso Patron cuya memoria honra hoy la iglesia (1). San Francisco ha sido un prodigio de penitencia, de desprendimiento, de amor, de cruz y de padecimientos. Su nombre solo asu sta la sensualidad y á la molicie, dispierta las mas sublimes ideas de la perfeccion evangélica, y parece ser el nombre de la misma austeridad. San Francisco ha renovado en un siglo de relajacion y decadencia los mas bellos ejemplos de los tiempos primitivos, las maravillas que un dia ilustraron los desiertos del Egipto y de la Siria, y todo aquel espectáculo de virtudes sublimes que forzó á los mismos paganos á reconocer algo de divino en el cristianismo. Él ha sido anacoreta, cenobita y apóstol. Como los Pacomios y Benitos ha tenido la gloria de formar una multitud casi innumerable de discípulos, y ha venido á ser el jefe y padre de muchas familias de santos religiosos y de vírgenes fervorosas que han inundado la Europa, y se han perpetuado hasta estos dias de trastorno universal, y de las cuales vosotras sois restos tris-

(1) Pronunciábase este discurso ante las religiosas reformadas de Santa Clara, lanzadas de su convento en 1814.

tes pero preciosos. Dulce pues debe seros oír alabar en este dia, aunque por una voz débil, á vuestro santo patriarca. La relacion de sus virtudes no será para vosotras una reprehension, porque jamas dejasteis de ser fieles á sus máximas y preceptos; su mismo espíritu es el que os anima. Sí, ese espíritu no estaba ligado á las piedras de ese edificio material de donde os lanzaran el odio y la violencia; sino á vosotras que sois las piedras vivas del edificio espiritual que él levantara. Han podido arrancaros del retiro del santuario, y dispersaros por las calles y plazas de nuestras ciudades; mas no arrebatáros el honor de vuestra consagracion á Dios, ni haceros olvidar vuestros juramentos. Vosotras vivís en el mundo tan extranjeras á sus vanidades y tan muertas á sus placeres como en el fondo de vuestro solitario albergue: pero mas expuestas á sus desprecios, mas pobres que nunca, mas sensiblemente abandonadas á la Providencia, mas desamparadas, y de consiguiente mas dignas del nombre de hijas de san Francisco con que os honrais.

No debo pues temer asustaros hablándoos de su pobreza, de su humildad y de su mortificacion. Vosotras le habeis tomado por modelo en todas estas cosas, estais marcadas con estos mismos caracteres, y aunque de una manera ménos maravillosa que él, llevais impresas las señales y las sagradas llagas de un Dios crucificado. Todo lo que voy á decir en este discurso seria indudablemente triste y amargo para unas almas sensuales y mundanas; pero vosotras no hallaréis en ello sino motivos de consuelo y de una emulacion celestial. Á fin pues de inflamar vuestro celo con un nuevo ardor, y de encender en vuestras almas el amor de los bienes eternos, recorreré los principales rasgos de la vida de vuestro insigne patriarca, y procuraré mostraros, 1.º los tesoros con que le enriqueció la pobreza; 2.º la gloria que le proporcionó su humildad; 3.º la felicidad á que le condujo su austera mortificacion.

¡ Oh Vírgen, madre del divino Redentor! Vos que fuisteis la constante protectora de aquel cuyo elogio emprendo, que tan frecuentemente le conseguisteis y mas de una vez le tragisteis del cielo los mas preciosos favores; dignaos secundar mis esfuerzos, que se dirigen no tanto á glorificarle á él, cuanto á promover la gloria de aquel Dios que es el origen de todo bien, y que tan admirable se manifiesta en sus obras, y en especial en las gracias que derrama en sus santos. Favor es este que no

dudo conseguir de vuestra poderosa mediacion, y mas cuando os saludamos todos con las sublimes palabras del ángel: *Ave Maria*.

#### PRIMERA REFLEXION.

Todas las promesas de Jesucristo deben necesariamente cumplirse, porque él es un Dios fiel, y la verdad infalible. Este divino maestro ha dicho en términos expresos: « Cualquiera que habrá dejado por mí su padre, su madre, sus hermanos ó hermanas, sus casas ó sus heredades, recibirá cien veces mas en este mundo y despues la vida eterna. » (1). Fundado en este oráculo, Francisco no imitó á aquel jóven rico del Evangelio, que invitado por el Salvador á que vendiese todos sus bienes y los distribuyese á los pobres, se retiró de allí tristemente y prefirió unos tesoros de barro á la amistad del Hijo de Dios. Nuestro santo fué mucho mas generoso y mas dócil á la gracia, á pesar de los obstáculos que su condicion y sus primeras inclinaciones ponian á la vocacion del cielo. Nacido de un padre que se habia enriquecido en un honroso comercio, habia adquirido en sus primeros años el hábito de una vida cómoda, el gusto á las diversiones propias de su edad, y á un cierto lujo que lisonjea ordinariamente la vanidad de la juventud. Sentia al mismo tiempo un vivo deseo de conservar y aumentar la fortuna que debia heredar un dia, cuya esperanza le encantaba entónces. Estas inclinaciones mundanas fueron contrabalanceadas desde luego por una caridad compasiva y liberal hácia los desgraciados. Jamas encontró á alguno sin que se apresurase á prestarle algun socorro. Una sola vez, distraído por un negocio urgente, dejó de mostrarse caritativo con un infeliz necesitado que solicitaba su compasion. Esta distraccion fué mirada por él como un crimen que jamas pudo perdonarse; en el mismo instante hizo voto de no volver á rehusar la limosna á ningun pobre bajo ningun pretexto, y fué fiel hasta la muerte á su promesa. Este amor tierno hácia los pobres fué como el gérmen y el principio de aquel amor que profesó en lo sucesivo á la pobreza, y de la perfeccion á que llevó esta virtud. Sigamos los rápidos progresos del jóven Francisco en esta carrera.

Un dia que salia de la ciudad de Asís bien montado y ricamente vestido, apercibió en la llanura á un hombre cuya des-

(1) *Matth. c. 19. v. 29.*

nudez apénas cubrian unos miserables harapos. Enternecido con este espectáculo, se detiene, y despojándose sin vacilar de sus vestidos, los cambia con los andrajos del desgraciado. La recompensa siguió de cerca á esta accion tan generosa. La noche siguiente tuvo Francisco un sueño misterioso que le manifestó los grandes designios que sobre él tenia la divina Providencia. Animado con esta prenda de la benevolencia del cielo, hizose una costumbre de aquellas cosas que en las vidas de los santos se admiran como rasgos singulares de heroísmo, llegando á despojarse frecuentemente de sus vestidos por cubrir la desnudez de sus prójimos. Tanta caridad atrajo sobre él gracias tan abundantes, que bien presto formó todas sus delicias de la sociedad con los pobres, con quienes se mezclaba á veces, vestido como ellos, alimentándose con sus manjares groseros, y participando de las ignominias inseparables de su condicion. ¿Quién podrá decir las dulzuras que gustaba en este estado, al verse adornado de la librea de Jesucristo, confundido con los miembros vivos de un Dios humillado, y conversando con los ángeles del cielo en medio de cuanto hay de mas vil en la tierra á los ojos de los mundanos? Nosotros no concebimos ciertas acciones de los santos. Las virtudes heroicas tienen en la especulacion cierta cosa que asusta y abate nuestra debilidad: mas para el que tiene el valor de practicarlas, están llenas de atractivo y dulzura; porque uno solo de los divinos consuelos que las acompañan, es infinitamente superior á todos los goces que conocemos.

Insaciable desde entónces Francisco de todo cuanto disgusta á la naturaleza y puede merecerle los favores de su Dios, busca con avidez todo género de miserias. Acude á los hospitales, y se complace en prestar á los enfermos los mas bajos y penosos servicios; lava los piés á los leprosos, estrecha en su seno á los que sufren enfermedades contagiosas, y lo que apénas puede decirse sin que se estremezca nuestra delicadeza, besa sin horror las úlceras mas asquerosas y repugnantes.

Hasta ahora no ha sido mas que el bienhechor, el amigo, el compañero y servidor de los pobres: bien presto se verá él mismo reducido á la pobreza. Ved aquí por qué vias obró este nuevo cambio la divina Providencia. Irritado su padre de la donacion que sin su consentimiento hiciera de una suma de dinero para una iglesia, se deja arrastrar de un violento acceso de

cólera; le llena de ultrajes, le castiga sin compasion, y le encierra en una prision oscura. Pasado algun tiempo, condúcele al tribunal del obispo; y no satisfecho con exigir la devolucion de la suma expendida, le obliga á renunciar en forma legal todos sus bienes y todos sus derechos á la herencia paterna. Tenia á la sazón Francisco veinte y cinco años. Él comprendió sin dificultad todas las consecuencias de aquel paso que se le exigia, y vió presentarse á la mendicidad con todos sus horrores. Sin embargo, no balancea un solo instante; firma la renuncia; devuelve á su padre cuanto de él habia recibido; se despoja hasta de los vestidos que cubren su desnudez, y volviéndose al implacable autor de sus dias, le dice con una apacible firmeza y una dulzura llena de magnanimidad estas palabras que arrancaron lágrimas de los ojos de todos los circunstantes: «Hasta aquí he podido llamaros padre; de hoy mas solo me resta volverme á Dios y decir lleno de confianza: *Padre nuestro que estás en los cielos.*» Vedle pues en la flor de su edad despojado de todos sus bienes, destituido de todo recurso humano, abandonado de todo el mundo, y aun desnudo, pues acababa de des apropiarse de sus mismos vestidos. Compadecido el obispo de su estado, le cubre con un manto grosero, y Francisco reducido á la condicion de los mendigos que tantas veces habia socorrido, sin tener asilo sobre la tierra, sin saber hácia qué lado dirigir sus pasos, pero lleno de aquella alegría interior que no pueden dar las riquezas, sale de allí bendiciendo al Señor y cantando en alta voz sus alabanzas.

Consagrado desde entónces á la mas estrecha pobreza, no conoció mas pan que el de la limosna. ¡Cuántas veces viéndose acosado por el hambre y la sed, no halló quien le prestase el menor socorro! ¡Cuántas los insultos, las derrisiones mas amargas, y los mas crueles tratamientos fueron las únicas respuestas que dieron á sus humildes súplicas! ¡Cuántas, no encontrando donde reclinar su cabeza, pasaba las noches en las cavernas, ó entre las ruinas de una iglesia abandonada, ó en medio del campo, expuesto á la intemperie de las mas crudas estaciones! Tres años hacia que vivia de esta suerte, cuando habiendo oído un dia en la iglesia aquellas palabras del Evangelio: «No llevaréis oro, ni plata, ni provisiones, ni dos túnicas, ni calzado, ni baston (1),» en el momento reprendiéndose á sí mismo de

(1) *Matth. c. 10. v. 9.*

haber poseído alguna cosa superflua, arrojó el baston y el calzado que conservara hasta entónces, y aun no creyó haber consumado debidamente el desprendimiento evangélico. ¡Oh Dios que revelais á los pequeños y sencillos de corazón los secretos que ocultais á los sabios y prudentes del siglo! hacednos comprender esa celestial locura de la cruz, esa hambre insaciable de privaciones y padecimientos, ese amor de cuanto el mundo mira con horror; ese desprecio de todo lo que él estima; esas inclinaciones tan opuestas á la naturaleza; todo ese misterio de sabiduría divina tan incomprendible á los espíritus sensuales y soberbios. Haced lucir á nuestros ojos aquella luz que iluminaba á san Francisco, cuando en la embriaguez que le causaban los excesos de su amor hácia la pobreza, la llamaba su señora, su reina, su esposa y su madre; cuando dirigia al Salvador esta sublime plegaria: «¡Oh Jesus, que os complacisteis en vivir en una privacion absoluta de todas las cosas! concedme por toda gracia, el honor y el privilegio de la pobreza. Yo no deseo ser enriquecido con otro tesoro. Yo le pido para mí y para los míos, á fin de que para mayor gloria de vuestro santo nombre, jamas poseamos cosa alguna debajo del cielo, y debamos nuestra subsistencia misma á la caridad de nuestros hermanos.» Sabia este hombre ilustrado, y decia en su lenguaje sencillo y enérgico; «que la pobreza es el camino de la salvacion, la nutriz de la humildad y la raíz de la perfeccion.» Conocia los sentidos y profundos misterios que encierra aquella expresion de la sabiduría eterna: «¡Bienaventurados los pobres!» Habia aprendido por propia experiencia cuánto se gana perdiéndolo todo por Dios; lo mucho que se encuentra despojándose de todas las cosas por entregarse á él y por no poseer sino á él.

Consideremos en efecto el cambio que hizo san Francisco, y procuremos apreciarle en su justo valor. Los autores de sus dias le arrojaron de su seno, de modo que pudo decir con el Profeta: «Mi padre y mi madre me han abandonado; pero tambien pudo añadir: El Señor me ha tomado bajo su tutela y me ha adoptado por hijo.» En fuerza de esta gloriosa adopcion, experimentó de parte de su Dios todo cuanto un hijo querido puede esperar del padre mas generoso y de la mas tierna madre. Invocábale en todas sus necesidades, y todas sus súplicas eran escuchadas. Recurría á él en sus penas, y le eran prodi-

gados los consuelos. Fué lanzado del techo paterno y excluido de una herencia terrestre; pero tuvo su morada en el cielo, y el mismo Dios fué la porcion de su herencia. Se despojó de unos vestidos corruptibles, pero fué revestido de Jesucristo. No poseyó oro ni plata; pero tuvo, por decirlo así, á su disposicion todas las riquezas de la Providencia, y sin mas fondos que las limosnas, hizo lo que apénas hubieran podido hacer los recursos de una gran fortuna; reedificó tres iglesias en dos años, y llevó á cabo otras empresas aun mas dispendiosas. No tenia hogar ni asilo; pero viéronse á princesas de sangre real desalojar sus palacios y cedérselos á él y á sus hijos que en pocos años llenaron de edificios la Italia, la Francia, la España, la Inglaterra, y aun la Grecia y el África. Diez años despues del establecimiento de su orden, vió reunidos en un capítulo general cinco mil religiosos que no formaban mas que una parte de su inmensa familia. De este modo aquel hombre que no quiso tener ni esposa, ni posteridad segun la carne, vino á ser segun el espíritu padre de una descendencia innumerable, de un gran pueblo de siervos y siervas del Señor que han llevado su nombre lleno de bendicion hasta nuestros días; de una raza querida de Dios que no ha podido extinguir la impiedad al cabo de seis siglos, á pesar de su poder y de todos sus esfuerzos, y que renaciendo de sus cenizas subsistirá acaso hasta el fin de los tiempos.

Tal fué la recompensa de sus sacrificios; tal la bendicion deramada sobre su pobreza; tal, si así puedo decirlo, la fecundidad y la riqueza de aquel desapropio universal á que se condenara voluntariamente; pudiéndose admirar la exactitud con que se verificó en su favor aquella sublime prediccion de Jesucristo: «Cualquiera que renunciase por mí todo cuanto es precioso y estimable á la naturaleza, recibirá aun en esta vida «en indemnizacion, hermanos, hermanas, madres, hijos, casadas y posesiones.»

Amad pues, hermanas mías, la pobreza que á ejemplo de Francisco habeis escogido por vuestra porcion, con quien os habeis desposado por medio de los votos, y en la que únicamente debeis buscar vuestro consuelo y encontrar vuestro tesoro. La misma Providencia que tan liberal se mostró con vuestro santo fundador, ¿no tiene fijos siempre los ojos sobre vuestras necesidades, desde que fuisteis arrojadas del asilo de los claustros, co-

mo él lo fué de la casa paterna? ¿Os ha faltado un techo que os cobijase, ó el pan, ó el vestido suficientes para llenar vuestros modestos deseos? Cualesquiera que hayan sido vuestras privaciones (¡no ignoro que son grandes!) ¿os ha abandonado un solo instante aquel que alimenta á las aves del cielo y viste los lirios del campo? Si os falta casi siempre la provision para el dia de mañana; ¿al ménos no ha tenido el Señor cuidado de proveeros del pan del dia presente? Continudad pues buscando ante todo el reino de Dios, y lo demas os será dado por añadidura; á pesar del resfriamiento casi universal de la caridad, no faltarán almas piadosas y benéficas que no olvidarán á las esposas pobres de Jesucristo, y serán para vosotras los ministros de su divina liberalidad.

Pero despues de haber visto las riquezas con que fué recompensada la pobreza de san Francisco, veamos cuál fué la gloria de su humildad: este es el asunto de mi

#### SEGUNDA REFLEXION.

Se ha dicho siempre, y vosotras lo sabeis hermanas mías, que la humildad es el fundamento de la verdadera santidad y de toda la perfeccion cristiana. Y siendo así, ¿quién fué mas perfecto que san Francisco? ¿quién se entregó mas á las humillaciones y á los oprobios? ¿quién tuvo mas horror á los honores y á las dignidades? ¿quién deseó mas sinceramente vivir olvidado y despreciado? ¿quién tuvo sentimientos mas bajos de sí mismo? ¿y quién al mismo tiempo fué mas glorificado por aquel cuya palabra infalible ha dicho: «el que se humilla será «ensalzado?» Francisco durante los primeros años de su vida penitente, consintió ser en su misma patria el objeto de la pública irrision, la fábula y el juguete de una juventud insolente y de un populacho grosero, el desecho y la hez del mundo. No aparecia en público sino para excitar el denuesto; no habia insultos que no se le prodigasen, pudiendo decir con el Profeta: «Las olas amargas de la burla se han desbordado contra mí «como un torrente.» No solamente toleró con valor y sin murmurar esta persecucion la mas afflictiva, sino que se complacia en los abatimientos, y como los apóstoles se llenaba de regocijo en sufrir las ignominias por el nombre de Jesus; por eso Dios, que eleva á los humildes, quiso que este hombre tan des-

preciado fuese en lo sucesivo honrado por los reyes y por los soberanos pontífices; que recibiese los mas brillantes testimonios de veneración de los pueblos; que los hombres llegasen á postrarse delante de él y le rindiesen en vida los homenajes que otros santos no obtienen sino despues de muertos. Fueron tales los honores que recibió, que no dudaré decir que el mayor esfuerzo de su virtud fué el conservar su humildad en medio de tantos objetos capaces de inspirar el orgullo. En estas ocasiones no cesaba de exclamar: «Yo dirijo estas alabanzas á Dios, á quien únicamente se deben. Por mí, nada merezco, ni puedo hacer otra cosa mas que abismarme en lo profundo de mi nada;» y lleno de confusion y de un temor santo, apellidábase vaso de tierra, el mas indigno de los siervos de Dios, el mayor de los pecadores, y en efecto se miraba como tal.

No es de maravillar que ocupado de estos sentimientos jamas quisiese ascender al órden sacerdotal. Imposible fué vencer su resistencia en este punto; y aunque jefe de un órden inmenso, siempre permaneció en el rango de los levitas. ¡Oh Dios mio! ¿Cómo es posible recordar este rasgo del humilde san Francisco sin llenarse de rubor y de confusion? Francisco, uno de los mayores santos que se gloria de tener la iglesia, tiembla ante la pesada carga del sacerdocio; y nosotros débiles cañanos atrevemos á tomarla sobre nuestros hombros! Francisco familiarizado con las comunicaciones divinas, Francisco taumaturgo y profeta, se estremece con la sola idea de subir al altar á celebrar unos misterios de que los mismos ángeles son indignos; y nosotros tan desprovistos de las luces del cielo, que reptamos por la tierra y nos envolvemos de continuo en el fango de la corrupcion, penetramos sin temor en el santuario y vivimos tranquilos en el ejercicio de esas funciones terribles en las que ocupamos el lugar del mismo Jesucristo, y somos los sacrificadores de su cuerpo y de su sangre! Ah! O nosotros somos presuntuosos, ó Francisco fué excesivamente tímido y humilde. ¡Oh exceso sublime de humildad que tanto hace resaltar su gloria! Él no estuvo revestido de ese poder divino que nosotros recibimos con la unción del sacerdocio; y sin embargo ejerció sobre las almas un imperio absoluto, y un poder sobre el infierno que no tenemos nosotros. ¿Dónde están los grandes frutos de nuestro ministerio y de la gracia que se nos confirió con la imposición de las manos? Nosotros dispensamos tesoros

de precio infinito; mas ¿dónde están las almas que hemos enriquecido con ellos? Nosotros anunciamos la palabra del Señor con una autorizacion divina; mas ¿dónde están los pecadores que nuestra voz ha convertido? Francisco, simple levita, sin letras y sin estudio, no necesitaba mas que dejarse ver para arrancar millares de víctimas al mundo y convertirlas en fervientes discípulos de la cruz. Cuando subia á la sagrada cátedra, no bien habia saludado á su auditorio con estas modestas palabras con que daba siempre principio á sus discursos: «La paz del Señor sea con vosotros,» cuando todos los corazones se sentian profundamente conmovidos, y de todos los ojos se veían correr torrentes de lágrimas. ¿Qué prodigio es este?... Ah! El éxito de la predicacion evangélica no depende del arte, ni de la ciencia, ni del trabajo del hombre. Todo esto por sí solo podrá divertir el espíritu y acarrear aplausos al orador; pero lo que convierte es la humildad, la santidad del predicador, su union estrecha con Dios y la eficacia de su oracion, el fuego de la caridad que le consume interiormente y se manifiesta en lo exterior, esas aguas puras y vivas de la gracia que corriendo de su boca á manera de torrente, lo arrastran todo en pos de sí. Representaos aquí en mi lugar á aquel hombre venerable de quien os hablo; figuraos aquel cuerpo extenuado con los ayunos, las vigiliass, las maceraciones y los trabajos, y en cuyos miembros llevaba, como san Pablo, la mortificacion de Jesucristo; aquel semblante lleno de una gravedad dulce y modesta; aquellos ojos en que brillaba un fuego divino, bañados en lágrimas de compuncion y de ternura; aquella voz penetrante que se insinuaba en los corazones; aquel lenguaje sencillo, vivo, eficaz, que llevaba el terror hasta el fondo de las conciencias; suponed por un momento que os fuese dable verle y escucharle, y decidme: ¿Semejante orador tendria acaso necesidad de la elocuencia humana, no digo ya para enterneceros, sino para convencer y cambiar los pecadores mas insensibles? De este modo apareció Francisco delante del jefe de la iglesia y de los ilustres purpurados cuando quisieron oír á este nuevo apóstol, y profundamente conmovidos de sus discursos, todos á una voz exclamaron, «que sus palabras eran como las palabras de Dios.» Se oyó jamas un elogio mas glorioso? Ah! Él estaba reservado para el mas humilde ministro de la divina palabra.

Parece que Dios se complacia en contradecir en todo la hu-